

CONTEXTO HISTÓRICO Y CULTURAL

Hª DE LA LITERATURA ESPAÑOLA -2º de bachillerato

PROFESOR HERMINIO CRESPO

1

LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

HISTORIA Y SOCIEDAD

1. ECONOMÍA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL.

En la segunda mitad del siglo XIX es cuando, en los países más avanzados, se consolida el nuevo sistema de producción capitalista. Ello supuso notables cambios sociales y políticos.

Así, se propició el afianzamiento de los estados nacionales europeos, no sólo a causa de la difusión de las ideas nacionalistas románticas, sino también como consecuencia directa de la necesidad de unificar mercados por parte de las diversas burguesías autóctonas. Entonces se gestaron los estados en sentido moderno, con un gobierno central, una legislación unitaria, un sistema fiscal general común a todo el territorio, etc. El mapa político europeo experimenta en esta época profundas transformaciones.

En 1871 se produce, con la fórmula del Imperio, la unificación de los territorios alemanes, impulsada por Prusia y bajo la dirección del político Otto von Bismarck. El notable desarrollo industrial de Alemania y la habilidad diplomática de Bismarck terminaron por convertir a este país en la principal potencia de la Europa central.

Austria no formó parte de la Alemania unida. Su antiguo y poderoso imperio fue sufriendo un lento desmoronamiento, tanto por las presiones externas (Alemania, Rusia, Francia) como por las reivindicaciones nacionalistas de los múltiples pueblos que lo integraban. Desde 1867, el Imperio Austriaco se convirtió en una asociación de dos estados soberanos, Austria-Hungría, pero dicha forma política se reveló frágil y el Imperio Austro-Húngaro acabó fragmentándose ya entrado el siglo XX, a raíz de la Primera Guerra Mundial.

El proceso de unificación italiana, largo y complejo, concluyó en 1870. No obstante, las resistencias fueron grandes; la unificación se realizó bajo la dirección de los territorios del Norte, más desarrollados industrialmente. La posterior adopción de una legislación librecambista supuso acentuar y perpetuar las diferencias entre un Norte desarrollado y un Sur agrario y atrasado. En el Sur, además, se produjo un fuerte crecimiento demográfico que tuvo por consecuencia un fenómeno típico de la Italia de finales del XIX: la emigración, primero a otros países de Europa (Francia y Suiza) y luego a América (Estados Unidos y Argentina).

Francia sigue siendo la potencia más importante del occidente continental. Su vida social y política continúa con notable agitación. El Segundo Imperio de Napoleón III sufre las consecuencias de la derrota en 1870 en la guerra franco-prusiana. Se proclama entonces la Tercera República, en tanto que en la capital los revolucionarios establecen la Comuna de París, que es aplastada en mayo de 1871. Pese a la inicial fragilidad de la República y a los intentos de una nueva restauración monárquica, la forma política republicana arraiga esta vez en Francia y perdura hasta hoy. Económicamente, aunque continuó el desarrollo industrial, éste fue más lento que, por ejemplo, por ejemplo, en Alemania, y

durante estas últimas décadas del siglo XIX la importancia relativa de Francia en la economía mundial disminuyó.

En este momento es todavía Inglaterra el país de economía más desarrollada y políticamente más influyente. No obstante, se agudizan ciertos problemas, como el del nacionalismo irlandés, cuyos diputados tuvieron una relevancia política creciente en el Parlamento británico, en el que llegaron a convertirse en árbitros del juego político. Entre tanto, el crecimiento de los gastos militares, producto del expansionismo imperial y consecuencia además del temor al poderío alemán, crea notables dificultades presupuestarias y obliga al establecimiento de nuevos impuestos. A fin de siglo se producen además huelgas sucesivas, que cobran aún mayor auge a principios del XX, a las que se suma la existencia de movimientos como el de las feministas, que reclaman el sufragio para las mujeres (las *sufragistas*). Todo ello contribuyó a enrarecer notablemente el clima social británico.

En el Este de Europa, la gran potencia territorial y política es la Rusia zarista. Pero sus atrasadas estructuras sociopolíticas son incapaces de dar solución adecuada a los cada vez más frecuentes conflictos. La abolición de la servidumbre no se produce hasta 1861, pero la situación de los campesinos emancipados sigue siendo desesperada, por lo que son numerosas las revueltas agrarias. Además. En los círculos de poder ruso es constante el enfrentamiento entre los partidarios de imitar las formas de vida occidentales y aquéllos que se refugian en las antiguas costumbres rusas y defienden los principios de la Iglesia Ortodoxa. Este radical enfrentamiento entre occidentalistas y eslavófilos es el meollo de algunas de las grandes novelas de Dostoyevski, como *Los hermanos Karamazov*.

Fuera de Europa, es notable la consolidación como gran potencia de los Estados Unidos, que, aunque pasa por graves conflictos, como la Guerra de Secesión, desarrolla su agricultura e inicia una rápida industrialización. Además, los Estados Unidos se suman al colonialismo e imperialismo típicos de las grandes potencias europeas e incorporan a la Unión las islas Hawa en 1897 y, tras una breve guerra con España en 1898, se anexiona Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

En efecto, es el fenómeno del imperialismo uno de los más definitorios del fin de siglo. La ampliación de los mercados nacionales, que ya resultaban estrechos para la economía de los países más pujantes, y la búsqueda de materias primas empujaron a las principales potencias europeas a la expansión colonial imperialista. Gran Bretaña ya había construido por entonces un gran imperio colonial. Francia también ha extendido su influencia por el mundo. Alemania e Italia intentan, asimismo, tener sus propias colonias. En el Extremo Oriente, Japón conquista Corea y diversos territorios de China. Se gesta con todo ellos una situación política a nivel mundial que tendrá graves consecuencias a lo largo del siglo XX.

En el plano social, se desarrollaron enormemente la burguesía y el proletariado, cuyos enfrentamientos y tensiones fueron una constante tanto más acentuada según avanzaba el siglo. De forma paralela, la vieja economía agraria estamental fue retrocediendo y la antigua nobleza continuó su imparable declive. Aunque burguesía y nobleza siguieron disputándose el control del poder, lo que ocasionó numerosos enfrentamientos, la clase burguesa se fue tornando más conservadora y se sintió atraída por el prestigio social de los nobles, con los que, en muchos países, estableció estrechos vínculos. Así se formó una

nueva clase dominante, que mantenía ritos y pompas antiguos, al tiempo que hacía suyos los nuevos valores del dinero, la competencia, la productividad, el pragmatismo, etc.

El desarrollo de las fuerzas productivas ocasiona una importante aceleración económica, la llamada *segunda revolución industrial*, con la que aparecen toda una serie de industrias nuevas basadas en la aplicación del motor de explosión y de la electricidad y en el auge de las ciencias e industrias químicas. Al mismo tiempo, se implantan nuevos métodos de organización del trabajo, como el *taylorismo*, que, para aumentar la productividad, asigna a cada obrero una tarea en la cadena de montaje e impone un nuevo ritmo y una nueva disciplina, esta vez cronometrada, al trabajo humano. Los trabajadores empiezan a cobrar por horas y las fábricas se equipan con un reloj al que sólo tienen accesos el patrón. El tiempo se convierte entonces en un elemento fundamental del sistema capitalista y su medición, ya desde tiempo atrás, se va extendiendo a todas las esferas de las relaciones humanas:

La prueba de que el tiempo pasa a ser algo valioso y contable es que las penas de prisión comienzan a medirse en meses o en años, cuando anteriormente la duración de las reclusiones dependía de la voluntad del rey o de otra autoridad. El tiempo de los hombres sirve, en adelante, como pago al Estado por los delitos cometidos.

[Javier Marías, *El País*, 26-X-1997]

Por su parte, adquirió fuerza el movimiento obrero y fueron creándose en las últimas décadas del siglo organizaciones políticas y sindicales de inspiración socialista y anarquista. Así, en 1864 se constituyó en Londres la *Asociación Internacional del Trabajadores* (A.I.T). que rápidamente se extendió por diversos países europeos, aunque tuvo una especial influencia en Francia, donde mostró su actitud insurreccional en episodios como la Comuna de París. Más moderados, los sindicatos británicos, que ya eran poderosos por entonces, se reúnen por primera vez en 1898 en un congreso de la *Trade Unions*. La creación de diversos partidos socialista nacionales y las diferencias existentes entre anarquistas y socialistas en el seno de la A.I.T., llevó a la fundación en 1889 de la *Segunda Internacional*, que aglutinó los diversos movimientos, sindicatos y partidos de inspiración socialista.

Otro fenómeno social importante de este período fue la extensión de la enseñanza obligatoria y (así tarde en otros como España), prede una mayor preparación de los individuos; una necesidad de unificar valores fundamentales de los nuevos estados, como la lengua, la cultura nacional, el sentimiento patrio...; la intención de oponer una enseñanza pública y laica a la habitual preponderancia en este terreno de la Iglesia Católica. Ésta era vista por muchos gobiernos como un enemigo declarado de los regímenes liberales, lo que fue particularmente evidente durante el pontificado de Pío IX, quien publicó en 1864 una encíclica, resumida en ochenta proposiciones consideradas erróneas o *Syllabus*, que anatematizaban los principios del liberalismo. Con Pío IX llegó a su apogeo el *ultramontanismo*, cuyas expresiones más notorias fueron la proclamación de la infalibilidad del Papa por el Concilio Vaticano I (1870), el fomento de las peregrinaciones a santuarios diversos (Lourdes, por ejemplo) y la expansión de las misiones, que, en competencia con las protestantes, llevaron a decenas de miles de misioneros católicos a África, Asia y América.

2. PENSAMIENTO Y CULTURA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: EL REALISMO Y EL NATURALISMO.

A mediados del siglo XIX (antes en algunos países como Francia, más tarde en otros países como España), predominan ya en los medios artísticos los principios estéticos del Realismo. Se conoce con este nombre al movimiento cultural característico de una sociedad burguesa a la que no agradaban las fantasías idealistas románticas. Ello no quiere decir que pueda establecerse una separación tajante entre Romanticismo y Realismo, pues siguen perviviendo muchos rasgos románticos en el arte realista. De hecho, cuando éste apareció en Francia, era difícil distinguir por completo ambos movimientos, pues los autores románticos postreros y los pioneros realistas convivían en el mismo tiempo histórico. Así, Stendhal (1783-1842) publica *El Rojo y el negro* en 1830 y *La cartuja de Parma* en 1839; las noventa y una novelas que componen *La comedia humana* de Balzac (1799-1850) aparecen entre 1830 y 1847; *Madame Bovary* de Flaubert (1821-1880) se edita en 1857; mientras que un escritor considerado romántico como Víctor Hugo (1802-1885) publica *Nuestra Señora de París* en 1831 y *Los miserables* en fecha tan tardía como 1862. En realidad, el Realismo surge en principio por depuración o mera desaparición de los elementos románticos más idealistas. Sólo más tarde, por la influencia de las ideas filosóficas y científicas de la época, la oposición entre el Realismo y el Romanticismo se hará más nítida.

La filosofía propia de la sociedad burguesa decimonónica es el **positivismo**, para el que no existe otra realidad que los hechos perceptibles ni es posible otra investigación que no sea la del estudio empírico de esos hechos o de las relaciones existentes entre ellos. Se entiende por *hecho* un estado de cosas que puede captarse por los sentidos y ser comprobado empíricamente. La observación rigurosa y la experiencia son los instrumentos básicos de la filosofía positivista. Estos principios, que están en la base del desarrollo de las ciencias y de las técnicas, fueron formulados de forma sistemática por el filósofo francés Auguste Comte en obras como el *Curso de filosofía positiva* (1839-1842). El nuevo método experimental (observación-hipótesis-experimentación) fue expuesto por el fisiólogo francés Claude Bernard en su *Introducción al estudio de la medicina experimental* (1865). Enorme importancia tiene el **evolucionismo** o darwinismo, propuesto por el naturalista inglés Charles Darwin - *El origen de las especies* (1859) , *El origen del hombre* (1871)-, según el cual los diversos seres vivos resultan de la evolución y selección natural de aquéllos mejor adaptados al medio ambiente, a través de la lucha por la supervivencia y gracias a la transmisión de los caracteres por la herencia. Por esos años, en 1866, el botánico austríaco Gregor Mendel había descubierto las leyes de la herencia biológica, Especial influjo alcanza, en fin, el **marxismo**. En *El capital*, Karl Marx estudia sistemáticamente la sociedad capitalista, a la que ve sujeta también a unas leyes específica. Desde principios materialista, Marx afirma que el motor del desarrollo histórico es la lucha de clases sociales y explica así las causas de las revoluciones burguesas y las contradicciones de la nueva sociedad capitalista, contradicciones que propician nuevas revoluciones, en este caso proletarias. La filosofía marxista, por tanto, no se limita a interpretar el mundo, sino que propone transformarlo, lo que explica que el marxismo se convirtiera en la ideología predominante en los movimientos obreros de fin de siglos.

La repercusión de todas estas ideas en el arte, en general, y en la literatura, en particular, de la segunda mitad del siglo XIX es decisiva. No otra cosa expresa el lema antirromántico que provocadoramente utilizaban los pintores realistas reunidos alrededor del pintor francés Courbet: *Il faut être de son temps* (“Hay que ser de su tiempo”). Y, en efecto, la repercusión en la literatura de las ideas filosóficas y científicas de la época es evidente, como se comprueba en los siguientes rasgos generales de la literatura realista:

Observación y descripción precisa de la realidad. Éste es el principio básico del realismo y al que obedece su propia denominación. Baudelaire lo expresa con claridad: *Quiero representar las cosas tal como son, o bien tal como serían suponiendo que yo no existiera.*

Este interés por la observación de la realidad es paralelo a los métodos de observación característicos de las ciencias experimentales. Para ello, los escritores llegan a documentarse sobre el terreno tomando apuntes sobre personajes o ambientes, o bien consultan libros, de los que extraen la información precisa. La vida real se convierte así en objeto estético.

Ubicación próxima de los hechos. Frente a la evasión espacio-temporal del Romanticismo, los autores realistas escriben sobre lo que conocen, por lo que tienden a situar sus obras en lugares próximos y en el momento presente. La mirada se desplaza a lo cotidiano, eliminando el subjetivismo y la fantasía y controlando los excesos de la imaginación y del sentimentalismo.

Frecuente propósito de crítica social y política. Esta intencionalidad sociopolítica varía según la ideología particular de cada escritor. En general, los autores conservadores describen la realidad para mostrar su degradación y postular un retorno a los viejos valores tradicionales. Los progresistas también muestran las lacras sociales, pero éstas, según ellos, obedecen en muchos casos a la pervivencia de una mentalidad conservadora que lastra el avance hacia el mundo nuevo.

Estilo sencillo y sobrio. Los realistas no sólo abandonan los temas legendarios del Romanticismo, sino que rechazan la pomposa retórica romántica. El ideal del estilo es la claridad y la exactitud, como corresponde al deseo de acercar la labor del escritor a la del científico.

Predilección por la novela. El género literario por excelencia fue la novela, que alcanzó un auge inusitado. Las disputas sociales, que tuvieron su repercusión en las obras, junto con el desarrollo editorial y la difusión de la prensa, son fundamentales para explicar su éxito. Según los realistas, la prosa narrativa era el género más adecuado para reflejar la realidad en su totalidad, como explica claramente Stendhal: *Una novela es un espejo que se pasea por un camino real. Tan pronto refleja el cielo azul como el fango de los cenagales del camino.* Los rasgos típicos de la novela realista son:

- **Verosimilitud.** Las historias son como fragmentos de realidad. Aunque inventadas por su autor, están basadas en la experiencia cotidiana, y tanto los protagonistas como los ambientes son creíbles. Han desaparecido del relato los sucesos inverosímiles, los hechos maravillosos y las aventuras insólitas.
- **Protagonistas individuales o colectivos.** Los protagonistas de las novelas son o bien individuos que se relacionan problemáticamente con su mundo, o bien

grupos sociales completos, que permiten al novelista dar una visión global de la sociedad contemporánea. En el primer caso, se hace hincapié en el análisis psicológico del protagonista; en el segundo, en la descripción de los más variados ambientes y comportamientos, con la aparición de medios sociales ignorados por la novela hasta entonces (burguesía, proletariado, mendigos y desclasados diversos). Se distinguen, pes, dos tipos de novelas - aunque no faltan los casos de la combinación de ambas-: la novela psicológica y la novela de ambientación social.

- **Narrador omnisciente.** Habitualmente, el narrador maneja por completo los hilos del relato: sabe lo que va a suceder, conoce hasta los más ocultos pensamientos de los personajes, interviene directamente en la obra con juicios sobre hechos y personajes y con observaciones dirigidas al lector. Ello no es en ocasiones incompatible con fingir una actitud de simple cronista de unos hechos, de mero notario de una realidad de la que es testigo. Con el tiempo. Este ideal de objetividad conduce a atenuar las apariciones del narrador en la obra.
- **Didactismo.** Es corriente que los autores pretendan con sus novelas da al lector una lección moral o social. Ello es así en las llamadas *novelas de tesis*, en las que el escritor desea demostrar una idea general a la que quedan subordinados el argumento, los personajes y el ambiente de la obra.
- **Estructura lineal.** Los hechos suelen transcurrir de forma lineal en el tiempo. Aunque no sean extrañas las vueltas atrás para contar episodios pretéritos, éstas no interrumpen más que provisionalmente el hilo narrativo.
- **Descripciones minuciosas.** Las descripciones tanto de exteriores como de interiores, así como las de los mismos personajes, son extremadamente detalladas, de modo que muchas veces predomina en las obras la descripción sobre la narración. Ello relaciona de nuevo la actitud de los escritores realistas con la obsesión por el dato exacto, típica del positivismo. Así, la atención al detalle lleva a captar en muchos personajes rasgos tan concretos que ellos solos bastan para individualizarlos, lo que justifica la enorme abundancia de prolijos retratos en esas novelas.
- **Aproximación del lenguaje al uso coloquial.** El lenguaje narrativo, en coherencia con los presupuestos ideológicos, se aproxima a la lengua de la conversación, a la que se eleva a la categoría de lengua literaria. Los autores se esfuerzan por adecuar el lenguaje a la naturaleza de los personajes que hablan con arreglo a su condición social, a su origen geográfico o a sus particularidades personales.

Todas estas ideas literarias alcanzan su máximo desarrollo en el **NATURALISMO**, corriente literaria que se desarrolló durante el último tercio del siglo XIX, fundamentalmente en Francia, y que tuvo como principal impulsor al novelista Émile Zola (1840-1902), quien escribió entre 1871 y 1893 un ciclo de veinte novelas bajo el título común de *Los Rougon-Macquart*. El subtítulo de esta serie novelística da las claves fundamentales del naturalismo: *Historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio*. En efecto, Zola pretende que la literatura sea una ciencia cuyo objeto de estudio y exploración sistemática, a semejanza de las ciencias naturales, es el medio social. La literatura debe analizar científicamente el comportamiento humano siguiendo los

principios de la observación y de la experimentación. Para ello, parte de la idea de que el hombre se encuentra determinado biológica y socialmente: no es realmente libre, puesto que los individuos están condicionados por su herencia genética y por el ambiente social en que se mueven. El novelista, pues, al igual que el científico, ha de experimentar con sus personajes para comprobar cómo se modifican sus reacciones según cambian las circunstancias y teniendo siempre en cuenta su particular condición biológica heredada. Esto explica el interés de los naturalista por ambientes miserables y sórdidos y por personajes tarados, alcohólicos, embrutecidos o víctimas de patologías diversas, ya que estos casos permiten demostrar más concluyentemente la influencia determinante de la biología y del medio social. Técnicamente, se extreman los rasgos del Realismo: descripciones minuciosas, reproducción fiel del lenguaje hablado... En cuanto al punto de vista narrativo, si el papel del científico consiste exclusivamente en exponer y analizar los hechos, así debe proceder el novelista, que debe abstenerse de intervenir en la narración, por lo que se propugna el ideal del narrador impersonal y objetivo:

La novela es impersonal, quiero decir que el novelista no es más que un escribano que no juzga ni saca conclusiones. [...] el novelista debe igualmente atenerse a los hechos observados, al estudio escrupuloso de la naturaleza, si no quiere perderse en conclusiones falsas. Así pues, el novelista desaparece, guarda para sí sus emociones, expone simplemente las cosas que ha visto.

[Émile Zola: *El naturalismo*]

Las novelas tienen, además, una intención moral. Influidos por las ideas socialistas de la época, los naturalistas piensan que, ya que no se puede modificar la herencia biológica, sí puede aspirarse a igualar las condiciones sociales en que viven los hombres. La novela naturalista contribuiría en este sentido a proporcionar un conocimiento más exacto del hombre y de la sociedad con el fin de poder mejorarlos.

A final de siglo, la estética realista entra en crisis. Se desarrollan entonces por Europa diversos movimientos estéticos que buscan nuevos caminos: Impresionismo, Parnasianismo, Simbolismo, Espiritualismo, Nihilismo, Decadentismo, Modernismo, etc. Con ellos se entra ya de lleno en el siglo XX.

Muchísimos son los escritores que descuellan en esta época: Flaubert, Baudelaire, los hermanos Goncourt, Zola, Daudet, Mallarmé, Verlaine, Maupassant, Huysmans o Rimbaud en Francia; Gogol, Dostoyevski, Turguenev, Tolstoi y Chejov en Rusia; Dickens, Stevenson, Oscar Wilde en Inglaterra; Yeats en Irlanda; Nietzsche y Hauptmann en Alemania; De Amicis, Carducci y D'Annunzio en Italia; Hawthorne, Melville, Whitman, Twain y Henri James en Norteamérica; Rubén Darío en Hispanoamérica; Eça de Queiroz en Portugal; Kierkegaard en Dinamarca; Ibsen en Noruega; Strindberg en Suecia; etc.

Las figuras en otros campos artísticos son también muy numerosas: músicos como Wagner, Verdi, Brahms, Bruckner, Saint-Saëns, Bizet, César Frank, Borodin, Mussorgski, Tchaikovski, Rimsky-Korsakov, y, a caballo entre ambos siglos, Mahle, Debussy y Alvéñiz; pintores como Courbet, Millet, Manet, Degas, Monet, Pissarro, Renoir, Sisley, Cézanne, Gauguin, Seurat, Van Gogh, Toulouse-Lautrec, los perrafaelistas ingleses, etc.

Finalmente, prueba del gran desarrollo científico, ya subrayado antes, son los numerosos e importantes inventos de este período: motor de explosión (Lenoir), dinamita (Nobel), teléfono (Bell), luz eléctrica (Edison), automóvil (Daimler), cine (hermanos Lumière), etc.

La apertura del canal de Suez en 1869 y el levantamiento de la torre Eiffel veinte años después son en la época la demostración palpable del progreso técnico.

3. ESPAÑA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX.

Las disputas y controversias entre conservadores y liberales, que habían sido características de la primera mitad del siglo, continúan marcando el acontecer histórico durante la segunda parte.

La década autoritaria y reaccionaria del general Narváez llega a su fin en 1854, cuando triunfa un movimiento militar con apoyo popular en Madrid, la *Vicalvarada*. Ello da paso al llamado *bienio progresista*, que lleva al poder a los generales Espartero y O'Donnell. Se concluye entonces el proceso de la desamortización con la ley Madoz de 1855, por la que se consideran enajenables los bienes civiles que no pertenecen a individuos privados, es decir, los del Estado y los de los municipios. Pero en 1856 llega de nuevo al gobierno Narváez y hasta la caída de la monarquía la inestabilidad política es constante. En torno al general O'Donnell se constituye la *Unión Liberal*, que alterna en el gobierno con otros partidos de signo conservador. Un hecho significativo de todo este período es la entrada de España en las aventuras coloniales típicas del siglo XIX a la zaga del imperialismo francés de Napoleón III: intervenciones militares españolas en Marruecos, México, Indochina, Chile y Perú. Aparte de razones de política internacional, estas acciones tienen la finalidad de distraer la atención de los problemas internos en un momento de notables convulsiones políticas y sociales. De hecho, en estos años la agitación social aumenta considerablemente: huelgas generales en Cataluña (1854-1855), algaradas en Valladolid y otras ciudades castellanas contra el encarecimiento de los productos básicos (1856), ocupaciones de tierras y sublevaciones campesinas como la de Loja (1861), insurrecciones estudiantiles duramente reprimidas (la denominada *noche de San Daniel* en Madrid en 1865), sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil de Madrid (1866), etc.

En 1868 se produce la *Gloriosa*, la revolución que acaba temporalmente con la monarquía borbónica. La figura clave de este momento es el general Prim, quien amalgama un conjunto de fuerzas muy heterogéneas (liberales, progresistas, demócratas, republicanos...), que serán incapaces de encontrar un programa común: "Las proclamas y las consignas van adornándose con una retórica que pretende ser extremista, pero que resulta de una ambigüedad total" [Josep Fontana, *Cambio económica y actitudes políticas en la España del siglo XIX*]. Se abre entonces un nuevo período histórico conocido como el *Sexenio Revolucionario*. Rápidamente, se toman medidas propias de una revolución burguesa y liberal: sufragio universal; libertad de imprenta, cátedra, cultos y asociación; separación de la Iglesia y el Estado; supresión de ciertas órdenes religiosas; matrimonio civil... Pero las contradicciones entre las diversas facciones revolucionarias resulta insuperables, lo que da lugar a que los acontecimientos políticos se sucedan de forma vertiginosa: asesinato de Prim, monarquía de Amadeo de Saboya, Primera República, levantamientos carlistas, insurrecciones anarquistas, sublevaciones cantonales (cantones de Alcoy y de Cartagena), etc.

La intervención del Ejército restaura en el trono a los Borbones, ahora en la figura de Alfonso XII. Se inicia con ello el largo período de la *Restauración*. El nuevo reinado comienza con medidas abiertamente reaccionarias: restricción del sufragio, adjudicación

de mandos a los generales monárquicos, represión del movimiento obrero, separación de sus cátedras de los profesores universitarios progresistas, anulación del matrimonio civil, protección de la Iglesia, drásticas medidas contra la prensa disconforme, etc. El principal político de la época es Cánovas, jefe del Partido Conservador y artífice del sistema político de la Restauración, que recibe por ello el nombre de *canovismo*, y que consiste en una monarquía formalmente parlamentaria, pero en la que el resultado de las elecciones está ya previamente decidido desde el gobierno, quien controla los distritos electorales a través de una extensa red de caciques. El *caciquismo* es uno de los fenómenos característicos de la Restauración, propiciado, sin duda, por el carácter todavía en gran parte rural de la sociedad española de la época. Los caciques contribuían decisivamente a la parodia democrática de hacer y deshacer parlamentos:

...esos rebaños parlamentarios que forma el ministro de la Gobernación como Dios hizo el mundo: de la nada.

[B. Pérez Galdós: *Cánovas*]

Consolidado el régimen en los años 80, para que la ficción parlamentaria quede completa, y particularmente tras la muerte del rey en 1885 y el inicio de la regencia de María Cristina, Cánovas y Sagasta acuerdan en la llamado *Pacto del Pardo* la alternancia en el poder de los partidos que cada uno de ellos lidera, el conservador y el liberal.

A lo largo de esta época la sociedad española experimenta una transformación evidente. La población crece de forma significativa, aunque lentamente en comparación con los países más avanzados. El número de habitantes a final del siglo XIX es de unos dieciocho millones y medio, pero no se ha producido todavía el pleno proceso de urbanización, que no ocurrirá hasta el siglo XX. La población sigue siendo mayoritariamente rural: el 51% vive en localidades de menos de cinco mil habitantes y el 91% en municipios por debajo de los cien mil. España sólo tenía dos ciudades de medio millón de habitantes (Madrid y Barcelona), y, excepto la capital, todas las ciudades de una cierta importancia estaban en la periferia.

En cuanto a la economía, se adoptan medidas como el establecimiento de la peseta como unidad monetaria (1868) o la concesión del monopolio de emisión de moneda al Banco de España (1874). La red de ferrocarril se desarrolla de forma notable, así como algunos sectores industriales como la minería y la siderurgia, pero en gran parte ello se debe al capital extranjero, que obtiene de su inversión pingües beneficios. El desarrollo económico, sin embargo, resulta insuficiente en relación con el demográfico, lo que incrementa el número de pobres y depauperados.

Socialmente, la burguesía no es capaz de llevar a buen puerto la revolución liberal. La alta burguesía financiera se acaba fundiendo con los restos de la vieja aristocracia y se constituye así la oligarquía dominante de la Restauración. De hecho, se crean múltiples nuevos títulos nobiliarios:

En lo de acuñar nobles al por mayor y en la prodigalidad de los excelentísimos, ilustrísimos y reverendísimos no hay país en el mundo que nos iguale. ¡Oh desmedrada España! Cada día pesas menos, y si abultas más,

[B. Pérez Galdós: *Cánovas*]

Por su parte, el movimiento obrero se organiza progresivamente: sección española de la Primera Internacional (1869), fundación del Partido Socialista Obrero Español (1879) y

de la Unión General de Trabajadores (1888), expansión del anarquismo por Levante y Andalucía, etc.

En el campo de la cultura, es visible también el enfrentamiento entre las ideas conservadora y liberales. Las ideas tradicionalistas tienen como paladín al polígrafo santanderino Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), quien desde su asombrosa erudición defiende una concepción de España basada en su pasado imperial y en su unidad católica, una España que considera en decadencia por la expansión durante los siglos XVII y XIX del pensamiento racional y liberal:

¡Dichosa edad aquélla, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era, o se creía, el pueblo de Dios [...]. España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...: ésa en nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. [...] Dos siglos de sistemática e incesante labor para producir artificialmente la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle.

[*Historia de los heterodoxos españoles*]

El pensamiento liberal está representado sobre todos por el **Krausismo**. Era éste un movimiento intelectual basado en el pensamiento del filósofo alemán Karl Krause (1781-1832), introducido en España por el profesor Julián Sanz del Río. Los krausistas pretendían conciliar razón y religión y propugnaban la tolerancia y la convivencia pacífica. Tendrán especial importancia sus ideas pedagógicas progresistas: enseñanza no autoritaria, fomento de la iniciativa personal de los alumnos, respeto a las diferencias ideológicas, importancia de la naturaleza en la educación... Expulsados de sus cátedras con la Restauración, fundan la *Institución Libre de Enseñanza*, dirigida por Francisco Giner de los Ríos. Sus centros escolares se expandirán durante el primer tercio del siglo XX y el espíritu institucionista influirá más o menos directamente en muchos de los intelectuales más prestigiosos de la España de la Restauración: Clarín, Galdós, Jaime Vera, Unamuno, Antonio Machado, Fernando de los Ríos, Julián Besteiro, Menéndez Pidal, Américo Castro, Juan Ramón Jiménez...

Con todo, el analfabetismo sigue siendo todavía un grave problema en España. Poco más de seis millones de españoles sabían entonces leer y escribir, por lo que el número de analfabetos rondaba a final de siglo los doce millones. Además, no deben confundirse alfabetizados y lectores habituales de libros, puesto que, si no se hace esta distinción,

Es difícil comprender entonces que el público de Juan Valera sea sólo de 5 a 6.000 lectores, que del de Benito Pérez Galdós sólo alcance, en una hipótesis razonable, la cifra de 150.000.

[Jean-François Botrel: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*]

Por otra parte, debe destacarse la falta de grandes editoriales en la España del XIX y su atraso tecnológico, lo que explica que en el desarrollo de la cultura impresa española sea importante el papel extranjero tanto en el plano material como intelectual: traducciones numerosas, editores extranjeros que publican libros en castellano para ser vendidos en España y América, libreros foráneos que se instalan en España, etc.

Analfabetismo y dependencia intelectual se entienden bien si se tiene en cuenta la situación de penuria que aún vivía la educación española a finales de siglo:

El abandono que el Estado hizo de la educación elemental, al dejarla en manos de las débiles economías locales (desposeídas de sus recursos por la desamortización) Y familiares, mientras

financiaba con cargo al erario público los niveles superiores de la enseñanza (de los que sólo se beneficiaban los hijos de las clases acomodadas), junto a la insuficiente influencia de otras agencias alfabetizadoras (Iglesia, familia, círculos culturales y colectivos sociales), concluía en esta sangrante realidad: la cifra casi constante desde 1860 hasta 1900, de casi doce millones de analfabetos

[Agustín Escolano: *Leer y escribir en España*]

La década final de siglo hace aflorar otra vez los múltiples problemas sociales y políticos de la sociedad española y los acontecimientos se precipitan: huelga general en Vizcaya (1890), rápida depreciación de la peseta (1891), agitación anarquista en Andalucía (1891), levantamiento campesino en Jerez (1892), asamblea catalanista de Mantesa (18929, guerra de Melilla (1893-1894), procesos de Montjuich y fusilamiento de los condenados (1894 y 1897), segunda guerra de Cuba (1895), extensión de la guerra a Filipinas (1896), asesinato de Cánovas (1897), guerra con los Estados Unidos y pérdida de las últimas colonias (1898)...Un revelador síntoma del fin de una época es la decadencia en que entra un fenómeno típico del siglo XIX, la brillante oratoria de tribunos como Emilio Castelar:

Por los años 89 aquella oratoria barroca, de brillante ornamentación, poética, melodramática, que había sido el orgullo nacional, empieza a caer en el descrédito. Fatiga tanto lujo léxico, tanta reiteración de imágenes. Los grandes oradores del 68 entran en decadencia, se repiten a sí mismos, se amanera, acentúan sus defectos. Sus malos imitadores entran a saco en el acervo común el cansancio. Y sobre todo, una pregunta empieza a sonar con insistencia: ¿para qué todo ello?, ¿de qué sirven tantos artísticos discursos? Lo que diez años atrás parecía grandioso, empieza a resultar grandilocuo, el oro a revelarse oropel. La generación nacida en torno a 1850 alcanza su madurez y se manifiesta anti-retórica y práctica en contra de la anterior.

[María Cruz Seoane: *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*]

Es ya el momento del **regeneracionismo** de intelectuales como Joaquín Costa (1846-1910) ,con su crítica de la retórica y su desprecio del parlamentarismo.

EL CAMBIO DE SIGLO. PRIMERAS DÉCADAS DEL XX

HISTORIA Y SOCIEDAD

1. IMPERIALISMO Y CRISIS DE LA SOCIEDAD LIBERAL

Europa vive años de esplendor en los decenios finales del siglo XIX. La revolución industrial entra en una nueva fase en los años 70 de esa centuria, el progreso técnico se acelera y se produce un crecimiento económico continuo, aunque desigual, que conduce a un desarrollo material e industrial sin precedentes: los avances en la ciencia, en la industria y en los transportes y comunicaciones permiten disfrutar de un nivel de vida hacia 1900 incomparablemente más alto que en 1800. Así mismo, la paz internacional, la estabilidad social y la presencia cada vez más extendida de gobiernos constitucionales representativos favorecen la confianza positivista en la razón y en el progreso.

La población europea constituye al finalizar el siglo XIX un tercio de los habitantes del planeta. Se produce un gran descenso en la tasa de mortalidad y una caída también en la tasa de nacimientos, con lo que, en conjunto, hay una estabilización y una relativa disminución demográfica en el viejo continente. Tiene lugar, así mismo, una importante emigración, sobre todo a Estados Unidos y otros países americanos. Por lo demás, hay que destacar el asombroso crecimiento de las ciudades, como consecuencia del desarrollo industrial ya mencionado.

Aunque políticamente Europa estaba dividida en estados-nación, la actividad económica era internacional, lo cual suponía una división del trabajo cada vez más compleja y a escala planetaria, y una mundialización creciente de los intercambios. Es la época del imperialismo, cuyo cenit se alcanza en la década de 1900, y que se abrió hacia 1880 con el reparto del planeta entre los países avanzados: se trata de una fase de expansión mundial de la civilización industrial y científica originada en la zona central de Europa. Los antiguos imperios español y portugués, fundamentalmente marítimos y mercantiles, entraron en irreversible declive desde principios del siglo XIX. El nuevo imperialismo supone ahora la dominación de unos pueblos por otros mediante la apropiación de la vida productiva de los países menos desarrollados.

2. CIENCIA Y PENSAMIENTO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Los últimos años del XIX y los primeros del XX supusieron una conmoción en los fundamentos de la ciencia. En la Física, tres fueron los desarrollos más revolucionarios: la teoría de la relatividad de Einstein (1879-1955), la *teoría atómica* de Rutherford y Bohr, y la *teoría cuántica* de Max Planck. Descubrimientos posteriores dentro de esta teoría, como el llamado *principio de incertidumbre* de Heisenberg, abrieron el debate sobre los principios de una física determinista.

En el ámbito de la filosofía, las importantes conmociones sociales de la segunda mitad del siglo XIX habían culminado con la aparición del pensamiento marxista: Marx (1818-83) reclamaba a los filósofos e intelectuales que se comprometieran en la imprescindible transformación de un mundo radicalmente injusto. A finales de siglo, surgió la *fenomenología* de Husserl, doctrina que trató de hacer de la filosofía una disciplina independiente de la ciencia natural, al mismo tiempo que pretendía ser un método válido para todos los saberes y para superar el positivismo, que reducía la

realidad a lo que es objeto de estudio de las ciencias empíricas. Y se produce una importante reacción contra una de las ideas más características de la filosofía tradicional que había acompañado el nacimiento y esplendor de la civilización liberal burguesa: la que parte de la razón abstracta y especulativa como centro de su reflexión; el lugar que antes ocupaba la razón lo ocupará ahora la vida. Fue Schopenhauer el primero en destacar que, además de la razón, existe algo previo e irracional, la voluntad, que sirve de fundamento e impulso para construir el mundo de la representación, del conocimiento. Pensadores tan dispares como Dilthey, Bergson o Nietzsche, tienen en común la afirmación de la vida como realidad radical irreductible e inexplicable por las *ciencias positivas*. Nietzsche, en concreto, ejerció una influencia determinante en el pensamiento posterior. Antisistemático y extremadamente sugerente, llevó a cabo una devastadora crítica de la cultura occidental en sus principales formas de expresión: la religión, la moral, la metafísica y las ciencias. Según él, era imprescindible destruir estos decadentes productos de la cultura para abrir camino a una existencia creadora y real no basada en la esterilizadora y falsificadora razón, sino en los instintos vitales.

También en esa línea irracionalista, Sigmund Freud revolucionó, con la creación del psicoanálisis, la manera en la que la psicología tradicional estudiaba el comportamiento humano. Freud destacó la enorme importancia del inconsciente a la hora de explicar la conducta de las personas. No solo supuso una revolución en psicología, sino que sus conceptos se utilizaron como instrumentos imprescindibles del análisis filosófico y serían fundamento de corrientes artísticas como el surrealismo.

Otra corriente filosófica que aparece como una reacción frente al cientifismo y al racionalismo idealista fue el existencialismo. Su precursor fue Søren Kierkegaard, para quien el ser humano es un ser en devenir que se está haciendo continuamente a través de sus decisiones y elecciones.

3. ESPAÑA

Al despuntar el siglo XX, España es un país fundamentalmente rural: del total de la población activa, el 66% trabaja en el campo. El sector agrario, dominante en la economía nacional, se caracteriza por el atraso y la ineficiencia. Por ello, los gobiernos recurren al proteccionismo frente a los productos exteriores y privilegian las grandes explotaciones. Además, se encarecen los precios, abunda la fuerza del trabajo y son muy bajos los salarios. Las consecuencias son los conflictos sociales, la debilidad del mercado interior, que a su vez imposibilita el desarrollo industrial, y el éxodo rural: por un lado, las ciudades, sobre todo Madrid y Barcelona, ven crecer el número de habitantes y, por otro, tiene lugar una espectacular emigración a América (entre 1904 y 1913 llegaron allí millón y medio de emigrantes, un ocho por ciento de la población española).

El comercio exterior a comienzos de siglo refleja el insuficiente desarrollo de la industria, desalentada por el escaso poder de compra de la empobrecida población agraria. El sector industrial depende del extranjero en materias primas, en tecnología y, sobre todo, en capital, pues hay un bajo nivel de inversión nacional. Como en la agricultura, se recurre al proteccionismo para evitar la competencia de otros países. Por lo demás, otro de los rasgos importantes de la industria española es su ubicación en Cataluña y el País Vasco: se genera así la contradicción de que los sectores más dinámicos de la economía están alejados del poder político central.

La alianza entre terratenientes y grandes financieros constituye la *oligarquía*, que, debido a la debilidad de la burguesía, detenta el poder económico y político. Es un grupo

social con ideas y actitudes más propias del Antiguo Régimen que de una sociedad capitalista. Al mismo tiempo, se va implantando el asociacionismo obrero: se afianza el socialismo (la UGT se funda en 1888) y el anarquismo (en 1911 tiene el lugar el primer congreso de la CNT). El movimiento obrero no solo se consolida entre las clases populares, sino que gana crédito también entre muchos intelectuales que, al final de siglo, reclaman una transformación del orden social y cultural vigente.

El sistema político de la *Restauración* (1875) permanece todavía prácticamente inalterado en las dos primeras décadas del siglo XX. El *Partido Liberal* y el *Conservador* se turnan amistosamente en el gobierno, sin ninguna diferencia básica en sus políticas. Tras la muerte de Alfonso XII, ese turno fue oficializado en 1885 en el *Pacto de El Pardo*. No hay un parlamento auténticamente representativo, pues el poder real está en manos de la oligarquía, que, asistida por los caciques locales, controla la vida política de los pueblos y las elecciones. El caciquismo es propiciado, precisamente, por el carácter rural de la sociedad española: la urbanización es todavía insuficiente, la mayoría de la población vive en el campo y el país no dispone de unos medios de comunicación modernos. En definitiva, el atraso económico y social de España posibilita la corrupción del sistema parlamentario desde su raíz. Por eso, cuando tras la Primera Guerra Mundial empiece a extenderse la industrialización, crezcan las ciudades y las masas vayan a incorporándose paulatinamente a la política, todo el sistema político de la Restauración entrará en crisis.

A finales del XIX, España no es ya sino una pequeña potencia que se va a ver sacudida por las tensiones del imperialismo en auge. Será entonces cuando se produzca el llamado *Desastre del 1898*, fecha en la que España, derrotada militarmente por Estados Unidos pierde los restos dispersos de su antiguo imperio (Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam). No obstante, el verdadero desastre es el sufrido por el pueblo, ya que eran solamente los pobres quienes tenían la obligación de prestar el servicio militar y, por tanto, fueron las víctimas directas del conflicto. En realidad, pese a la situación, habrá que esperar al periodo de 1917 (año en que se produce una huelga general de carácter revolucionario) a 1923 (en que se proclama la Dictadura de Primo de Rivera) para que se produzca la primera crisis del sistema político de la Restauración. Lo que sí puso de manifiesto el año 1898 fueron las limitaciones de dicho sistema político, el cual siguió en pie durante más de dos décadas.

Solo en el ámbito ideológico e intelectual –dejando a un lado las protestas de los obreros contra lo injusto del servicio militar que los discriminaba– sobrevino una ruptura con lo establecido. Las críticas de las clases medias, deseosas de renovar el régimen de la Restauración y su ineficaz clase política, se acentuaron, y acabó por plantearse la cuestión del Estado-nación. Es el *problema de España*, sobre el que tanto se escribió en esos años (y aun posteriormente, hasta llegar a su mitificación). Se extendió el movimiento *regeneracionista*, una corriente ideológica reformista y positivista en la raíz de su pensamiento, que reclama la modernización de España en lo económico y lo político. El regeneracionismo parte de la necesidad de mejorar la productividad de la agricultura, pero no afronta de manera radical el problema del campo español; su petición de mayor proteccionismo y su llamada a los campesinos acaban cayendo en la idealización de la sociedad rural y en el nacionalismo. Se trata de un movimiento populista que llegará a ser adulterado desde el poder, en concreto al apropiárselo el *Partido Conservador* –aprovechando que al *Partido Liberal* le sorprendió el 98 en el gobierno.

Por otro lado, se ha de dar respuesta también a la cuestión del *regionalismo*, un fenómeno importante, sobre todo, en Cataluña, donde tiene el apoyo social de la burguesía, y que prenderá en el País Vasco y Galicia. Los regionalistas se enfrentan a la visión unitaria y centralista que la oligarquía dominante tenía del Estado.

Con la entrada en el siglo XX, la inestabilidad política y las convulsiones sociales caracterizarán el reinado de Alfonso XIII (en 1902 llega a la mayoría de edad y finaliza la regencia de su madre, María Cristina), quien contribuye al desprestigio del sistema con sus injerencias en asuntos que quedan fuera de lo reservado a la Corona.

En política exterior, España participa con Francia y Alemania en la distribución de zonas de influencia en el norte de África, y se va involucrando en una serie de graves conflictos en Marruecos, que tendrán importantes repercusiones en el ámbito nacional. En relación con ello, destacan las revueltas barcelonesas de la *Semana trágica* (1909), de carácter antimilitarista y anticlerical, que serán reprimidas con brutalidad (por ejemplo, despierta grandes protestas el fusilamiento del maestro anarquista Francisco Ferrer Guardia).

La corrupción y el descrédito de la Monarquía alientan las críticas tanto de los obreros como de la burguesía liberal, que irán confluyendo y acabarán por perfilar una alternativa política que, tras la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), último intento de apuntalar la Monarquía, cristalizaría en la II República en 1931.

BIBLIOGRAFÍA.

Esta información está sacada íntegramente del manual de Lengua castellana y literatura II, de la editorial AKAL para 2º de bachillerato. 1999. Madrid.